

tesanos por haberse declarado muy amigo de la revolución; los revolucionarios por haberse declarado muy devoto de la corte; los dinásticos por haberle oído decir que necesitaba lanzarse la cuitada dinastía, y á todo nado, en el torrente de la revolución; los jacobinos, cuyo numen estaba en la sospecha, por sospechar que iba requiriendo de los combates y de los triunfos la dictadura para sí; los girondinos por haberlos echado del gobierno antes del 10 de Agosto; y, á pesar de tantos odios como le perseguían y acababan, mellábanse todos en su importancia; porque, quien trocara un ejército de reclutas en un ejército de titanes; quien dirigiera los bisoños á pelear como veteranos; quien cañoneara las tropas alemanas desde las alturas de Valmy; quien metiera fugitivo en sus dominios al Rey de Prusia, llevaba tal aureola en sus sienes, que nadie podía desconocerla, y tal prestigio en su ánimo que nadie podía contrastarlo. Y como, desde sus victorias, el espíritu revolucionario se propagaba por todas las fronteras, Lila vencía heroicamente á los archiduques austriacos; Saboya y Chambery proclamaban la república; Niza y sus pueblos ligures admitían como numen de su salvación á Francia; reclamaban el derecho nuevo Maguncia y Worms, mientras Bélgica se preparaba con toda resolución al combate por la libertad; Dumouriez, causa de todo esto, personificador de todo esto, disponía en aquel minuto supremo de Francia y los franceses. Pero, sobre su trabajo, una sombra se tendía, proveniente, no sólo del temperamento fisiológico, del carácter moral, del papel histórico de Dumouriez, proviniente de sus últimos actos encaminados á dejar libre el paso al ejército prusiano, cuando pudo cogerlo como en una red espesa, y destruirlo todo entero. Los diputados de la Convención, en su mayoría, los clubistas, en su totalidad de las sesiones jacobinas, los tertulios de las salas políticas y de los políticos cafés, atribuían á traición aquel proceder sugerido por una consumada política. Para Dumouriez el ideal de los ideales se hallaba en dividir al Austria de Prusia, rompiendo así la coalición monárquica del Norte contra la república francesa; y, para dividir á Prusia de Austria, resucitando la tradicional diplomacia de su patria, Dumouriez necesitaba mostrarse muy complaciente con los prusianos, y con los austriacos muy agrio, proponiéndose arrojar á éstos de Bélgica, lanzarles encima una coalición entre Francia y Prusia, perderlos y hasta suprimirlos si fuera necesario, del europeo continente; por lo cual parecióle de perlas todo cuanto en Lila se hizo contra el duque de Sajonia y la triste archiduquesa Cristina, poniéndolos en fuga, y parecieronle también de perlas todas cuantas consideraciones las tropas francesas guardaron á las tropas prusianas, las cuales más bien parecían escoltadas que perseguidas por el ejército republicano. Hay que confesarlo. Política tan sutil de Dumouriez; proceder tan maquiavélicos, y, hasta cierto punto aviesos; táctica tan sumamente complicada, no podían corresponder de modo alguno con el temperamento y el carácter de los clubs intransigentes, de la Convención dictatorial, de los partidos extremos, de la diplomacia en alta voz, de los congresos al aire libre, de las públicas maniobras, que constituían y ca-

racterizaban el temperamento de la revolución. Dumouriez, inteligentísimo y observador, lo comprendió así. Comprendió que había seguido una política después del triunfo muy difícil de comprender y explicar, por lo cual necesitaba, con inevitable necesidad, en París personarse y ponerse al habla con los corifeos del gobierno y del Congreso, los cuales podían armarles una pésima jugada, si les hubiera con avaricia regateado cualquier explicación, que fácilmente iluminaba y esclarecía el abismo, de cuyas tinieblas iba muy pronto á surgir la Francia soberana de sí misma, en la plenitud del derecho, árbitra, sin rival ni contraste, de los destinos del mundo.

No cabe dudarle: quien más lejos veía y más hondo penetraba en la política era, por aquel tiempo, Dantón, verdadero estadista. Y, la prueba de que se hallaba en este personaje un político de importancia excepcional, se patentiza con sólo ver que no había dejado un minuto el oído de Dumouriez, mandándole sus emisarios, y que había en todas sus partes aprobado con sigilo de su propia popularidad, pero con secreta sanción, todo cuanto el general hiciera, así dividiendo austriacos y prusianos, como amparando á los últimos en sus derrotas y en sus fugas. Un amigo del general y del estadista estuvo en el campamento siempre, constituyéndose, por encargo doble de los sendos jefes, en un correo, que llevaba y traía correspondencias íntimas y secretas, encaminadas á la salud de Francia y á la consolidación de la república. Pero, como la marea creciese y no encontrase Dantón más medio de conjurarla que la presencia del general, aconsejóle su inmediata ida, sin reservas ni tardanzas, á París, y su franca presentación ante los convencionales. Dantón y Dumouriez no hubieron mutua necesidad de darse explicaciones respectivas sobre sus procedimientos y sus juicios personales; diéronse las manos y quedaron de acuerdo. La primer visita del general fué á la Convención. Y en la Convención mil pasiones ardían en su contra. Los recuerdos girondinos, las sospechas jacobinas, el odio de Robespierre á toda guerra y á todo general, el horror de Marat á cuanto representase obediencia y disciplina sociales, debían suscitar contra el vencedor muchas cóleras, y quizá traerle un mal recibimiento. Pero los ecos de la Marsellesa, que le precedían, los bisoños vencedores que le acompañaban, la estela de glorias dejada por sus pasos en aquel hirviente mar de pasiones y de entusiasmos, el reflejo de una victoria, merced á la cual acababan de salvarse la república y la Francia, el compromiso de continuar la cruzada por el rescate de los oprimidos, acallaron todas las pasiones, y no se oyó más que un himno de alabanzas en la Convención, y no se vió más que una triunfal fiesta de las usadas y de las conocidas entre los grandes vencedores romanos, quienes jamás registraron triunfo tan transcendente á la humanidad y á la tierra como el triunfo inmarcesible de Valmy. Cumplido por Dumouriez el deber de presentarse á la Convención, hechas por ésta las ovaciones parciales y los homenajes y triunfos totales que le tocaban de rúbrica, estallando las tribunas en vítores y los bancos en aplausos, puestos de pie todos los diputados, el general habló con modestia

y humildad que le atrajeron muchas simpatías, mientras el presidente le consagró los honores de la sesión entre unánime regocijo. Cumplido este deber, Dumouriez quiso entenderse con la Gironda, cuyos oradores admiraba él mucho, pero cuya política tenía en muy poco. La situación girondina, en verdad, apenas había cambiado. Perteneciales aún el Congreso en su mayoría; estaba en el ministerio de la Gobernación su gran oráculo Roland; mandaba en el ministerio de la Guerra, dirigiendo todos los movimientos, hechura tan genuina de ellos como el ministro Servant; la musa de sus inspiraciones conservaba, contra todos los ataques y todos los asaltos calumniosos de la demagogia, el salón político y literario en que se prestaba culto á la democracia y á la república; el carácter de Buzot aun dominaba con su energía la Convención, y el verbo de Vergniaud aun tenía las resonancias clásicas de los grandes tiempos y de los grandes momentos; Brissot estaba más fuerte y más posesionado de sí mismo que en otras ocasiones, y el reciente voto dado á las instituciones republicanas y los discursos caídos de aquellos labios atenienses en favor de la libertad y de la democracia universal, no habían roto una popularidad que, si no estaba en lo alto de su antiguo cenit, tampoco estaba en las puertas de su ocaso. Dumouriez comprendía demasiado que no le bastaba contar con la voluntad enérgica de Dantón, que necesitaba contar con la palabra melodiosa de Vergniaud, y para contar con esta última, tenía que rendirse á la incomparable Aspasia de los girondinos, á Madame Roland, y se rindió. Una tarde, al anochecer, se presentó en el gabinete de la musa del bando girondino, llevándole una corona de adelfas, que significaba símbolos de poesía, y guardaba recuerdos de Grecia. Para Madame Roland, Dumouriez presentaba dos capitales inconvenientes; el primero, su falta de amor á la república; el segundo, su obra de sensualidad en la vida. Un general que no estaba chapado á la manera plutarquina, desaveníase, por su propia índole, de la índole del partido á quien deseaba cautivar, y, sobre todo, de la índole del ideal femenino á quien deseaba rendir. No era Dumouriez un hombre austero; no era tampoco un político republicano; y no siendo austero de suyo, repugnábale mucho á la moral de aquella musa; y, no siendo republicano, repugnábale más aún á su política. Madame Roland y el general Dumouriez, no llegaron á entenderse. Grande servicio á la república y grande mengua de Francia.

Bien es verdad que parecía optar el general nuevo de la revolución por los procedimientos de Lafayette, quien, indeciso, incierto, perplejo, no estuvo jamás completamente, ni con la revolución liberal, ni con la monarquía histórica. En el mismo discurso de contestación al mensaje presidencial, dentro de la Cámara pronunciado, Dumouriez no prestó un juramento clarísimo, concreto, patente á la República. Muy ducho en todas las artes diplomáticas, era muy ducho en las artes oratorias también y sabía insinuar propósitos, cuando le faltaban resoluciones. Por un circunloquio muy hábil, declaró no haber necesidad ninguna de multiplicar los juramentos, cuando por defender y salvar la Convención,



Lit. Felipe C. Rojas. Madrid.

DUMOURIEZ